

Thais, la cortesana

AHORA, cuando las revistas de Europa llegan nutridas de estudios científicos, copiosas informaciones y magníficos grabados relativos al sensacional hallazgo que los arqueólogos ingleses, Lord Carnarvon, lamentablemente desaparecido ya, y Mr. Howard Carter, hicieron ha poco en el Alto Egipto, bajo el *Valle de los Reyes*, cerca de Tebas, del riquísimo e intacto hipogeo del gran Faraón Tout-Ankh-Amon, vuelto a la actualidad mundial después de treinta y cinco siglos de olvido, y cuando Mr. P. Montet, sabio profesor de egiptología en la Facultad de Strasburgo, quien fué invitado a visitar la tumba recién abierta, nos ha dado en una revista parisiense todas las peculiaridades y circunstancias del Faraón resucitado, determinando su dinastía y hasta la ortografía de su nombre, que no es, como se ha dicho, Taut-Ankh-Amen, sino Tout-Ankh-Amon, en español: Tutankamón, que quiere decir «Imagen viva de Amón»; ahora, como una tregua a tan traído y llevado asunto, quizá sea agradable recordar otros hallazgos no menos resonantes y sorprendentes que sólo hace veinte años atraieron la maravillosa atención universal. Fueron ellos los frutos de las excavaciones en el mismo Egipto, bajo la antiquísima ciudad de Antincé (llamada así por el emperador Adriano, en recuerdo del bello Antinoos muerto), llevadas a cabo en 1902 por el arqueólogo francés Mr. Al. Gayet y que hoy se encuentran a la vista del público en el Museo Guimet de París, sobre la plaza de Jena.

Tal museo, propiamente hablando, puede llamarse el *Museo de las Religiones*, por los objetos que contiene y por los nombres de sus galerías y salas: *Galería de Siam y Cambodge*; *Sala de las Religiones de la India y de la China*; *Galería Boissiere, o Sala de las Religiones del Japón*; *Sala de las Antigüedades egipcias, etc.* En ellas se ven despojos de templos, columnas, objetos del culto, reliquias y estatuas de piedra, de madera, de oro, de marfil y aun de barro cocido de todos los dioses que forjó la imaginación y flaqueza humanas; allí se ven las estatuas de las divinidades brahmánicas y de Budha o Cakya-Muni, «el sabio perfecto» y sus discípulos, montados en leones y elefantes; el mismo Budha en sus tres estados: al nacer, en penitencia y transfigurado; Kouan-Yn, en sus numerosos avatares: de hombre, de mujer y de demonio, y dios de la caridad; el filósofo Lao-Tseu sobre un búfalo; Tekiai, otro filósofo, al rendir el alma; Dharma, también filósofo, al salir de la tumba; incontables momias,

vasos de alabastro, piedras grabadas, estatuas de Isis, cilindros asirios, porcelanas, telas y estelas fenicias de Sidón y del Asia Central; Parsis con utensilios relativos al culto mazdeano y un facsímile de la *Torre del Silencio* de Bombay; Lakchmi, la Venus india, en bronce; Vichnou, recostado; Skanda, dios de la guerra; Ganesa, dios de la ciencia; Djigsbyed, dios de diez cabezas, treinta y cuatro brazos y diez y seis piernas con una mujer de tres



Momia de Thais

ojos, y las Dakhinis, diosas del mal, con cabezas de leonas y cabellos de llamas; a otro lado, un dibujo del año 1081 que representa la leyenda de la Ogresca Hariti; urnas cinerarias; imágenes del templo de Ava que perteneció al gran sacerdote de Mandalay de Birmania; luego, Laos, Birma, Siam del Budhismo puro, objetos diversos del Chamanismo o religión de los sortilegios; después, la estatua de Ida-Teu, dios de la bendición, de la religión nacional Shinto, que no tiene imágenes, sino símbolos del Ser Supremo, y cuyos templos estaban siempre cerrados. En un grupo central, Dainiti, la perfección por excelencia, con el ojo de la sabiduría en medio de la frente, y cuya misión era salvar las almas por la dulzura o la fuerza; más lejos un diablo anciano, con un cuerno roto, que terminó en monje.

Allí, en esas penumbrosas salas, pobladas de fantasmas, parecen sentirse y hasta palpase las innumerables religiones que han avasallado a los pobres hombres sobre la tierra, desde los más

remotos tiempos prehistóricos, ante cuya venerable y tenebrosa antigüedad el cristianismo es de ayer, y nacidos todos en ese lejano, feérico y misterioso Oriente, única tierra propicia para esa planta *religión*, y la única en que siempre se ha dado frondosa, pujante y milenaria.

¡Qué inefable sorpresa para mí poder ver con mis ojos y tocar con mis manos los dioses ante los cuales se postraron incontables, como las arenas del mar, generaciones de mortales y desde millares de edades anteriores a la nuestra, al parecer, vieja era cristiana! ¡Qué privilegiado recinto para sentir la nada terrestre y la infinita vanidad de todo, para sumir la mísera inteligencia humana, endeble arbusto agobiado por la plaga de todas las supersticiones y fanatismos, en las más hondas y desoladas meditaciones! Cuán verdaderas y proféticas me parecieron entonces aquellas palabras que escribió Marco Tulio en su tratado *De Divinatione*: «Los hombres han agotado todas las locuras: sólo les resta comerse el mismo dios que adoran». Recuerdo el *Eutifron*, del filósofo de Egina, en que Sócrates se mofa de los dioses del Olimpo, llama cuentos insensatos las tradiciones mitológicas y tráfico ridículo las ceremonias del culto, por lo cual se le acusó de impiedad. Memoro, también, al marqués Ito, aquel gran japonés que con un simple decreto mandó al Museo todos los ídolos de la superstición nacional, y concluyo diciéndome que todos los dioses de las religiones, con sus muebles, vestuario y enseres terminan, más o menos tarde, en los Museos de antigüedades.

Pero entre todas esas *Galeries y Salas*, nada que atrajera más mis miradas (un bello día de abril de 1912) que la *Rotonda de las Cariátides*. Al entrar, a la izquierda, en grandes vitrinas, se ven los hallazgos hechos en las excavaciones de Antinoé, y en la primera de esas vitrinas el cuerpo de una mujer griega, llamada *Thais*, vestida con traje de gala, con zapatos bordados de oro en sus diminutos pies, y, en torno de la hetaira, rosas de Jericó, un ramillete de inmortales, una redoma con vino de Miké, collares de auténticas y finísimas perlas, halladas en su sarcófago. Y al lado de *Thais*, el cuerpo del anacoreta *Serapión*, completamente vestido, con enormes anillos de hierro en los brazos, en las piernas y al rededor de la cintura, los últimos unidos por una barra a otra del cuello. A la derecha de la entrada, un sudario con el retrato de *Thais* de pie; más lejos, una vitrina con ricas telas cristianas de Antinoé, y una cabeza de anacoreta muy bien conservada; luego, fragmento de un velo del